

Juan Antonio
Ortega Díaz-Ambrona

Las transiciones de UCD

Triunfo y desbandada del centrismo
(1978-1983)



JUAN ANTONIO
ORTEGA DÍAZ-AMBRONA

Las transiciones de UCD

Triunfo y desbandada del centrismo
(1978-1983)

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2020

© Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 12072-2020
ISBN: 978-84-18218-61-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Isabel, siempre

En memoria de Landelino Lavilla (1934-2020)

Índice

UCD y la siembra de la democracia en la España actual	15
I. TRANSICIONES EN LA SOCIEDAD Y EN LA POLÍTICA	17
Cambio en la sociedad española: un nuevo espacio público	17
Cambia el «discurso» y cambian las costumbres	18
Cambian los «tinglados»: la España que se va y la que llega . .	23
Salientes y entrantes	25
Sinfonía de los adioses. Saludo a los entrantes	28
Política y políticos en tiempos de UCD	32
De la importancia y cargas diarias de ser alto cargo	33
La Comisión de Secretarios de Estado y Subsecretarios	38
Dos presidentes del Gobierno de UCD	44
Adolfo Suárez, presidente «mágico»	44
Leopoldo Calvo-Sotelo, presidente «lógico»	47
Consejo de Ministros en dos versiones	53
II. TRANSICIONES EN EL DERECHO.	
LEYES PARA LA DEMOCRACIA	57
Consenso y leyes para la democracia	59
De cómo volví donde solía....	59
Modelos decimonónicos: Montero Ríos y Alonso Martínez . .	63
Consenso en la legislación constitucional	64
Garantía de las libertades públicas	67
Protección jurisdiccional de los derechos fundamentales	67
La protección de la intimidad y la propia imagen.	69
Referéndum, autodeterminación y consultas	71
La libertad religiosa consensuada	72
Reformas esenciales en el Código Civil	73
La patria potestad.	75
Filiación: todos los hijos iguales ante la ley	75

La peleona cuestión del divorcio	76
Las nuevas instituciones constitucionales	79
La gran novedad del Tribunal Constitucional	80
Un Consejo cuestionado: el del Poder Judicial.	87
Renovación de antiguas instituciones públicas	90
El Consejo de Estado	90
El Ministerio Fiscal.	94
III. TRANSICIONES IDENTITARIAS Y LOS NUEVOS APEGOS . .	99
Del privilegio de haber nacido en algún lugar	99
La identidad colectiva como advocación del nosotros	100
La difícil objetivación de lo identitario	102
La urdimbre identitaria como apego	104
La intensidad identitaria y la compatibilidad de los apegos . . .	106
«Reinvencción» de España. Nuestra urdimbre identitaria	
desde 1978	108
Las identidades colectivas heredadas	108
Las identidades colectivas autonómicas	111
La generación de 1978 y las identidades colectivas	
en España.	112
Legitimación de la violencia y derecho de autodeterminación	118
Excurso con José María Setién, obispo de San Sebastián.	119
A vueltas con el derecho de autodeterminación.	124
Los vascos, el Estatuto de Guernica y Arzalluz	127
Los catalanes, el Estatuto de Sau y Jordi Pujol.	133
Competencias educativas: Constitución y Estatutos	
vasco y catalán	138
IV. TRANSICIONES EN LA LUCHA CONTRA LA VIOLENCIA . .	143
La violencia ilegítima en la Transición.	144
Violencia activa durante la Transición	145
Las prisiones, foco de violencia.	148
Protección oficial frente a la violencia.	156
Ensañamiento con la Justicia. Magistrados asesinados	162
La acción violenta contra políticos. Los secuestros	165
El misterioso golpe de Estado del 23-F y el teniente	
coronel Tejero	170
El poder coactivo legítimo del Estado democrático de Derecho . . .	180
Las prisiones.	181

La Ley Orgánica General Penitenciaria de 1979	184
El proyecto de Código Penal para la democracia de 1980	187
V. TRANSICIÓN PARLAMENTARIA.	
MOCIÓN DE CENSURA Y CUESTIÓN DE CONFIANZA	195
Felipe González censura a UCD: la moción de mayo de 1980.	196
Egrima dialéctica entre Alfonso Guerra y Rafael Arias-Salgado	200
Mi debate con Gregorio Peces-Barba	206
Fraga, catastrofista, contra UCD y con guiños a Felipe González	210
Cuestión de confianza presentada por UCD	213
VI. TRANSICIONES EDUCATIVAS. INTENTOS Y FRUSTRACIÓN	
De cómo aterricé en el Ministerio de Educación y primeros sobresaltos.	219
Catástrofe escolar en Ortuella (Vizcaya)	224
Una política educativa de diálogo y pacto	226
Mis colaboradores en Educación: los subsecretarios	230
Los directores generales	233
Mis oponentes en Educación.	235
Luis Gómez Llorente, socialista cabal y temible dialéctico.	235
Eulàlia Vintró, brillante oradora, incansable opositora	237
Las dos Españas y la educación	239
Entre el cheque escolar y la escuela pública, única y laica	239
Un intento fallido: el Estatuto de Centros Escolares	241
La «gratuidad» y la Ley de Financiación.	245
El sector de la enseñanza confesional y la privada	246
La Confederación Católica Nacional de Padres de Familia y Padres de Alumnos (CONCAPA)	246
Elías Yanes, arzobispo conciliar y conciliador	248
La Confederación Española de Centros de Enseñanza (CECE)	251
La FERE y Santiago Martín Jiménez S. J.	253
Otros sectores: asociaciones de padres, de profesores y sindicatos	255
FETE-UGT y la jubilación de los profesores de EGB	257
La asociación de catedráticos y la huelga en los institutos	258

La política de hablar con todos	262
La educación en tiempos de Comunidades Autónomas	264
El consejero Pedro Echenique y el País Vasco	265
Cataluña y el consejero Joan Guitart	266
La transferencia de la Inspección educativa y Martín Villa	268
Alta Inspección educativa y «enseñanzas mínimas»	269
Calvo-Sotelo, presidente: los problemas crecen, los dineros menguan.	272
Cartas a Leopoldo solicitando más recursos para la educación	272
Leopoldo me mantiene en Educación y me añade Universidades	274
Carta y visita al ministro de Hacienda en defensa del presupuesto educativo	274
La universidad y el laberinto de la LAU	279
La LAU como pretexto y pimpampum	281
La cuestión de la universidad como servicio público	283
La encerrona del grupo parlamentario de UCD	286
Por fin salgo de Educación	288
Federico Mayor Zaragoza, ministro de Educación	290

VII. LA GRAN DESBANDADA O LA TRANSICIÓN

HACIA LA NADA	295
La malformación congénita de UCD	295
El desgaste de Suárez y el nuevo Gobierno.	298
La dimisión de Suárez como presidente del Gobierno	303
El Congreso de Palma de 6-8 de febrero de 1981.	306
Sucesivos tropiezos electorales de UCD	311
Las elecciones gallegas de 20 octubre 1981	312
La «losa» de las elecciones andaluzas de mayo de 1982	313
El Comité Ejecutivo Nacional de UCD de 2 de julio de 1982	318
La desafección de los poderes fácticos	319
El mundo militar y su malestar	319
Fricciones con la Iglesia católica: reticencias y grietas	320
Las cuitas de los empresarios con UCD	322
La mala prensa y crítica radiofónica	325
UCD y la profecía que se cumple a sí misma.	329
Demasiado a la derecha y demasiado a la izquierda	331
El gran invento de la «mayoría natural»	333

La gran desbandada. Preludio	336
El arte de la fuga	337
Se van los socialdemócratas	338
Se va Adolfo Suárez	340
Se van los «moderados»	341
Se van los democristianos de Óscar Alzaga	343
Se va el ministro de Agricultura	345
Tribulaciones de Calvo-Sotelo. Disolución de las Cortes	346
Leopoldo Calvo-Sotelo, presidente del Gobierno	347
Leopoldo, presidente de UCD	350
Leopoldo renuncia a la presidencia de UCD	353
Landelino Lavilla, presidente de UCD: misión imposible	354
Leopoldo disuelve las Cortes y convoca elecciones	359
Las elecciones generales de octubre de 1982	360
Un resultado catastrófico y singular	363
El impacto de la presencia independiente de UCD	365
Candidato al Congreso por Badajoz	368
¿Por qué murió UCD? ¡Ay de los vencidos!	374
Las comisiones ejecutivas de noviembre de 1982	375
El factor humano: el último Congreso de UCD y los últimos tanteos.	378
El factor económico: la asfixia inducida	382
UCD baja el telón: las comisiones ejecutivas de 16 y 18 de febrero de 1983	386
Epílogo. El legado de UCD en tiempos del coronavirus	393
Agradecimientos	403
Fuentes	407

UCD y la siembra de la democracia en la España actual

Sobre la playa de Gandía frente al Mediterráneo, entre los promontorios bien visibles desde mi terraza, de Cullera a la izquierda hacia el noreste, y de Denia hacia el sur, a mi derecha, con el Mondúber a mis espaldas, llegué a la conclusión, en los calores del verano de 2015, de que bien podría continuar el relato iniciado en mi *Memorial de transiciones (1939-1978)*. *La generación de 1978*.¹ Me lo había sugerido, cuando lo leyó, mi admirado amigo el historiador Santos Juliá, a quien quiero rendir ahora homenaje tras su reciente desaparición. Me lo había pedido también mi editor. Así que decidí narrar algo más sobre esa generación del 78, centrando mi atención en un partido político crucial de la Transición: Unión de Centro Democrático (UCD), visto desde dentro.

El foco principal estará en los años de 1978 a 1983. En ellos se realizó por UCD la tarea fundacional y de siembra de la democracia actual. Fueron también los de mi juventud ya madura, tiempos nuevos, encendidos por la ilusión de estrenar un mundo. Tuvieron su arranque en la Constitución. Fue una época de preparación intensa para un futuro más libre y justo, mientras se extinguía el franquismo y se sustituían sus instituciones por otras más modernas, que sobreviven hoy en gran medida, cuarenta años después.

Muchos fueron los agentes de este cambio. Entre ellos la UCD misma, nacida de un rápido proceso de incorporación de gentes valiosas, que triunfó en dos elecciones generales y luego habría de sufrir una desbandada rápida, triste, sin precedentes. Nació en un suspiro y se desmembró con muchos. UCD fue un partido singular: *centrista*, cuando se enfrentaban la derecha y la izquierda; *reformista* frente al dilema de continuidad o ruptura. Su objetivo fue transitar,

1. Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona, *Memorial de transiciones (1939-1978)*. *La generación de 1978*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015.

sin traumas, del franquismo a una democracia deliberativa y parlamentaria de corte occidental, movido por una fuerte convicción europeísta. En esto tuvo éxito, no tanto con el juicio de la posteridad.

Aún hoy tiende a prevalecer la crítica que el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) de Felipe González dirigió a UCD para desbancarla. También pesan las arremetidas lanzadas contra ella por la Alianza Popular (AP) de Manuel Fraga (1922-2012). Ambas versiones han erosionado su memoria con la ayuda del mal ejemplo final que dieron algunos de sus líderes. Y, por descontado, han pesado los errores propios de UCD y la defeción traumática de su fundador.

Las páginas que siguen aportan la historia interna de UCD, vivida por el autor, junto a algunas reflexiones personales. En ella aparecen, vistos de cerca, los principales protagonistas de la Transición. Todo se apoya en recuerdos, experiencias personales y en documentos auténticos, que he conservado, muchos nada o muy poco conocidos. Mi propósito es relatar, sin autocomplacencias ni autoflagelaciones, el proyecto centrista y su obra. Al hacerlo quisiera atenerme al consejo del historiador Polibio: «Si no sabéis aplaudir a los enemigos y censurar a los amigos, cuando lo merezcan, no escribáis». He decidido tener presente este criterio, en especial cuando examine las causas y caminos tan intrigantes que destruyeron a UCD. Será, en conjunto, una pequeña historia de base autobiográfica, de éxitos y de fracasos de UCD, con sus luces y sombras.

Transiciones en la sociedad y en la política

En julio de 1976 Adolfo Suárez nombra su primer Gobierno abierto a la democracia. Su acción anterior a UCD fue trascendente, pero no corresponde tratarla aquí. Con las elecciones de junio de 1977 entra en juego ese nuevo actor político decisivo que fue UCD; primero como «coalición electoral»; después del congreso de octubre de 1978, como partido político. De modo que, contando los meses previos, como coalición, y los subsiguientes al batacazo final de 1982 cabe hablar de un «quinquenio de UCD», que no coincide ya del todo con la Presidencia de Adolfo Suárez, empezada y terminada antes, y a la que se añade la de Leopoldo Calvo-Sotelo.

CAMBIO EN LA SOCIEDAD ESPAÑOLA: UN NUEVO ESPACIO PÚBLICO

Para sembrar democracia, UCD hubo de preparar la tierra yerma, eliminar malezas y pedregal, sin servirse apenas de tractores ni de medios mecánicos, sino artesanales o a mano las más de las veces, porque no cabía destruir de golpe todo lo preexistente. Estos años fueron un puente de plata para el franquismo, entre dos sistemas, dos sociedades y dos culturas distintas, una saliente y otra entrante. A lo largo de ellos se produce una reformulación muy marcada del «espacio público», por usar un término caro a Jürgen Habermas.

Con este fin, UCD compuso su relato y partitura para la Transición a cargo de un elenco en sintonía generacional, pero con sensibilidades políticas diferenciadas. Fueron casi todos hijos de los actores de la guerra civil en uno u otro bando, que sintieron el gusanillo de la política y ofrecieron su propuesta de reconciliación y concordia junto a un deseo de sustituir los tinglados existentes por otros modernos y

«homologables». Quisieron –quisimos– romper el antagonismo entre «las dos Españas».

Como consecuencia de todo ello fue apareciendo en España ese nuevo espacio público con nacientes instituciones democráticas. El viejo espacio se había caracterizado por su rigidez, angostura y agobio; por su uniformidad, jerarquía y verticalismo. Era el propio de una sociedad jerárquica, cerrada, compuesta por círculos muy poco comunicados entre sí. Estaba monopolizada por un mundo oficial único y «gubernamental». Más allá de lo oficial, todo resultaba un poco confuso y resbaladizo, convertible pronto en «clandestino». Más acá estaban las «jerarquías» y sus actividades poco transparentes, escudadas a menudo en «secretos oficiales». En el antiguo espacio primaban los uniformes, las medallas y las insignias; lo militar y lo eclesiástico; las actividades del Movimiento Nacional y de los sindicatos verticales, etc. La libertad no era la regla. Como decía con frecuencia mi compañero del Consejo de Estado, maestro y amigo Jaime Guasp, en aquella sociedad todo lo no prohibido tendía a ser obligatorio. De libre iniciativa, poco. La sociedad civil era débil y menguada. Regían los principios del Movimiento, que, para mi asombro, «por su propia naturaleza», eran permanentes e inalterables.

La Constitución de 1978, en cambio, ensanchó el espacio público. Liberó energías reprimidas y abrió un abanico de potencialidades. Empezó a ampliarse también el ámbito de la «esfera pública», otro concepto utilizado por Habermas. Pero ¿cuánto cambio iba a resultar posible en la época de UCD? Esa era la cuestión. Los españoles entregaron la dirección del proceso inicial a Adolfo Suárez y a UCD. El quinquenio de UCD se desarrolló bajo la vigilante oposición del PSOE de Felipe González, el ojo crítico de Manuel Fraga y el avizor de nacionalistas vascos y catalanes, que iban ensayando su insistente bolero de Ravel. Todo ello aderezado con atentados terroristas, resistencia numantina de los «ultras» y riesgo de golpe militar.

Cambia el «discurso» y cambian las costumbres

Aquella fue una época de intensas transformaciones que, como tantas veces, comenzaron por el lenguaje. Entre nosotros, la jerga política venía cambiando desde tiempo atrás. Las palabras de valencia

totalitaria del primer franquismo habían caído en desuso.¹ Se extinguieron pronto giros curiosos e intrigantes como «contraste de pareceres» u «ordenada concurrencia de criterios». Pero subsistían expresiones tecnocráticas del desarrollismo como «estructurar», «reestructurar», «polígonos de desarrollo», «índice de precios» o «señales de alerta». Desde 1973 se estrenan otros vocablos y locuciones de la pre-Transición, como «aperturismo», «inmovilismo», «búnker», «asociacionismo», y hacen furor los de «ruptura», «Junta», «contestación»; «plataforma reivindicativa», «instancias unitarias autoconvocadas», «jornada de lucha», «autogestionario» o «alternativa».

Cada época tiene su modo de hablar. La alternancia en el lenguaje es un fenómeno apasionante, identificado ya por Horacio al recordar que palabras, caídas un día, pueden renacer y recuperar su prestigio si lo impone el uso, a veces con sentido nuevo.²

El discurso posterior del centrismo fue cauto y menos asertivo. Un centrista que se respetase solía despachar cualquier pregunta con un prudente condicional: «Bueno..., yo diría...»; mencionaba pronto la «problemática», añadiendo que era «compleja» y debía ser «asumida». Asumir era esencial. Todo «se asumía». Pero no estaba claro su significado real, como cuando los militares, poco antes del 23-F, dijeron «asumir»³ la Constitución de 1978 y luego pasó lo que pasó. También convenía, en aquellos entrañables tiempos, soltar sin miedo la locución «a nivel de», devastadora como langosta, pero que proporcionaba referencia; por ejemplo, «a nivel de calle» (la preferida por Suárez),⁴ «a nivel de base»,

1. Como «jerarquía», «Imperio»; «centurias», «vieja guardia»; «Cruzada», «nuestros caídos»; o como «capitanía», «caudillo», «incondicional adhesión», «conspiración judeomasónica» o «campana orquestada»

2. Horacio en *Epistola ad Pisones* o *Arte poética*: «*Multa renascentur quae iam cecidere, cadentque / quae nunc sunt in honore vocabula, si volet usus / quem penes arbitrium est et ius et norma loquendi*» (70-73). «Muchas palabras, que ya cayeron, renacen con todos los honores, si lo impone el uso, en cuyo poder está el arbitrio, el derecho y la norma del habla».

3. Fernando Puell de la Villa escribió en su libro *Gutiérrez Mellado. Un militar del siglo XX* (1912-1995), Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, p. 197, que los militares proclamaban en discursos y declaraciones que «asumían» la Constitución; término que más parecía indicar una tibia actitud de «tolerancia» que el decidido compromiso que les exigía su artículo octavo.

4. Como en su frase famosa de «elevar a la categoría política de normal lo que a nivel de calle es simplemente normal».

de sindicatos y progresistas; a «nivel de Estado español», en boca de los nacionalistas vascos o catalanes, iniciando su juego de esconder a España; o «a nivel europeo», que confería elevación y empaque. También era bueno apuntar que un problema se debía «desdramatizar», mientras se recomendaba «un estudio serio», para encontrar «en definitiva» una fórmula de «consenso».¹ Esas fueron reglas implícitas del discurso político.

Por entonces se llamaba a España, cada vez más, «este país», y al conjunto de sus naturales, cada vez menos, «españoles», y más «ciudadanos», «ciudadanía» o «gente». Dios se nos fue esfumando hasta del saludo. El «vaya usted con Dios» se hundió, sustituido por un modesto «pase buena tarde», un escueto «buenas» o un «¡taluego!». Al iniciar una charla bastaba un «buenas tardes a todos». Sólo en un momento más avanzado de nuestra democracia se dio con una fórmula más completa, que no más concisa, de «buenas tardes a todos y a todas», aunque confieso que el mérito de tan feliz avance no es de UCD, sino de sus sucesores. Así lo reconocemos con humildad, pero sin gran compunción, nosotros, los viejos y desvencijados centristas.²

Durante ese quinquenio de UCD se apuntaron, en compensación, otras novedades sin llevarlas a sus extremos. Con las primeras elecciones municipales se impuso la necesidad de hacer rodar nombres, mejor que cabezas, algo que afectó a las vías públicas. Y recomenzó la familiar rueda de rebautizar calles, plazas o avenidas, empezando por lo más obvio, con mutis total para el Generalísimo,³ José Antonio o Calvo Sotelo, exponentes del pasado.⁴ Esto no era tan original,

1. Juan Antonio Ortega Díaz-Ambrona, «Otras reformas... otras rupturas», conferencia en el Club Siglo XXI, 1 de junio de 1978. Separata, p. 3

2. La jerga actual de nuestra democracia de tertulianos, comunicadores e *influencers* incorpora expresiones como «hoja de ruta», «darse un tiro en el pie», «blindar», «bloquear», «marcar tendencia»; «a día de hoy», «desde el minuto uno»; «líneas rojas», «tolerancia cero»; «alfombra roja»; «llevar en el ADN»; «sobreactuar», «postureo», «zasca», «supremacista»; «pasarse de frenada», etc. El autor del libro lamenta que apenas le vengan al magín tales expresiones. Pero las recoge, alguna vez, en nota de actualización para una lectura más familiar para los jóvenes del siglo XXI.

3. Lo de Generalísimo se esfumó como lo de Caudillo. A Franco se le empezó a llamar en TVE «el anterior jefe del Estado», luego «el dictador».

4. En Barcelona: avenida de la Victoria, por Pedralbes; plaza Calvo-Sotelo por Macià; Generalísimo por Diagonal; Infanta Carlota por Tarradellas.

pues ya los franquistas, tras degollina de republicanos y masones, habían repoblado el callejero de ilustres generales, héroes de alguna fecha, padres salvadores de la patria o no tan salvadores. Y, aún antes, durante la Segunda República, se dio el ejemplo inverso, tampoco ajeno a los usos de los partidos en la Restauración.¹ Era el viejo truco de cambiar haciendo lo de siempre, pero al revés.

La Movida y el destape

A nuevos tiempos, otro lenguaje y nuevas costumbres y diversiones. Por supuesto que no fueron todos obra de UCD, pero caracterizan su época.

Hacia 1978, en Madrid florece la *Movida* juvenil, renuevo del 68. Emparentada con la contracultura *underground* o alternativa y con el movimiento *punk*, encuentra, entre nosotros, perspectivas insospechadas hasta mediados los ochenta. Después de tantos tradicionalismos apolillados, devociones de la época franquista, hace eclosión lo posmoderno² con influjos diversos. Se lleva lo rompedor, lo infractor y lo irreverente. Gusta cuanto desinhibe. La inhibición es indeseable y triste fruto de la represión. Hay que «colocarse», como encarecía el recordado alcalde Enrique Tierno Galván. Se impone el culto de lo psicodélico y la «transgresión». Transgredir es sano. Como también «recuperar» (otro verbo esencial) viejas esencias o tradiciones perdidas, que acaso nunca existieron. Entre ellas el mítico carnaval. En pueblos y ciudades renacen con pujanza los desfiles de disfraces, las máscaras, las piñatas y el entierro de la sardina. Los atuendos, por lo demás, se hacen homogéneos, con predominio unisex, de vaqueros y deportivas. Se esfuman uniformes y sotanas.

1. Cambiar el nombre a las calles muestra novedad, aunque entorpezca a incautos que busquen el nombre suprimido. Pero consistorios precavidos conservan todos los nombres. Así, en Oropesa, la importante plaza del Navarro informa de sus nombres anteriores: «Alfonso XII» en 1888; «la República» en 1931; «España» en 1936. O en la calle del Hospital se aclara: «Duque de Rivas en 1908; Fernando de los Ríos en 1931 o General Franco en 1936». Fórmula digna del insigne lugar toledano que dio tan grandes virreyes a España.

2. Jean-François Lyotard publica en 1979 *La condición postmoderna*, que encuentra en España terreno abonado y sensibilidad propicia.

De otra parte, los viejos periódicos y revistas se remozan. En un par de lustros muchos han de cerrar.¹ La cadena del Movimiento se diluye. Pero nace *El País*, prescriptor indiscutible de lo que se lleva o no «en democracia» y emblema de la nueva situación. Los demás medios, de capa bastante caída, ofician de sufragáneos o monaguillos. *El País* propaga los nuevos modelos de conducta, palabras y metáforas a través de sus crónicas, suplementos y colaboradores. Desde sus páginas, Francisco Umbral (1932-2007) se convierte en cronista esencial de la *Movida*. En «Diario de un snob» o en «Spleen de Madrid», hace pedagogía y populariza términos, modas o modos de ser. Prolifera un conglomerado social, cultural y musical, con jerga cheli, pelo cardado, compras en la UVA de Hortaleza de «chocolate» (hachís o marihuana) oriundo de Malasaña, con su plenilunio en *La Luna de Madrid* y en especial para lectores de *Ajoblanco*, revista libertaria. En suma: *al hoyo* emperatrices de Lavapiés y agasajos postineros en Chicote, *al bollo* nuestra jovial *Movida*. Ni rastro quedará de chulapas, majas o modistillas, ni de petimetres, ratas o paseantes en Cortes, propios del género chico. Estábamos en otra, una vez más.

Sería erróneo –repito– colgar estos cambios a UCD, cuando abarcaron toda una época y una generación. Más equivocado aún sería imaginar al autor de estas líneas como habitual de la *Movida* madrileña, cuando lo cierto es que entre 1978 a 1983 se *movió* más bien poco a diferencia de sus amigos más espabilados, que rendían culto al *gin-tonics* en Oliver, al Cuba libre o al whisquito, apurado de madrugada en Boccaccio o a las veladas en Parsifal. Además, lo de «madrileña» era cuestionable.

Cuando mis amigos catalanes oían hablar de la *Movida* solían salir por uno de estos registros: de un lado, probaban que ese espíritu nuevo nació en Barcelona; que su Boccaccio (Oriol Regàs en 1967) precedió al madrileño y que, con prioridad a Malasaña o Huertas en Madrid, estuvo su Tuset Street. Umbral les parecía de perlas, pero su Manuel Vázquez Montalbán (1939-2003) no le iba a la zaga y hasta le superaba, con el detective Pepe Carvalho, su afición gastronómica y su curiosa manía de prender su chimenea de Vallvidrera quemando un libro. Y *a más a más*, la *gauche divine* catalana se anticipó a la *beautiful people* madrileña, que arribó más tarde, con sus artistas y gente

1. En Madrid, tras 1978, caen casi todos, excepto ABC. Entre los caídos, *Nuevo Diario*, *Informaciones*, *Pueblo*, *El Alcázar*, *Arriba* y *Ya*.

especial. Sentada la prioridad temporal catalana, esos mismos amigos veían con escándalo el jolgorio y batiburrillo nocturno madrileño hasta las tantas, ratificándose en que la capital «del Estado», poblada de funcionarios, era de poco dormir y de menos trabajar. Y así pasaba lo que pasaba.

Cambian los «tinglados»: la España que se va y la que llega

Dionisio Ridruejo, en temprana carta a Franco de 1942, afirmó «que el Régimen se hunde como empresa, pero se mantiene como tinglado».¹ Para mí que los tinglados existen en todas las situaciones y son arduos de eliminar, pues engarzan múltiples intereses creados, provenientes en general de una farsa más antigua, como escribió Benavente.

Los años de UCD fueron muy sonados porque a lo largo de ellos se inició la delicada tarea de dar salida a cuarenta años de Régimen, desarmando por piezas sus trabados engranajes. Con cautela se desmontaron bastantes tinglados y diversos cotarros con tantos cachivaches inservibles, unas veces a mano, otras con piqueta o con perforadora, nunca con explosivos, como deseaban algunos impacientes y otros insensatos hacían. Se procedió a conciencia, pero con respeto.

Había que discernir bien qué, cuándo y cómo se demolía, sin quedarse corto, pero sin pasarse. No todo había que echarlo abajo. Por ejemplo, ¿habría que eliminar la paga del 18 de julio? Hubiera sido un absurdo. Nadie lo iba a entender. Es cierto que fue el Régimen quien inventó esa bendita práctica recomendada por los sindicatos verticales para honrar el «glorioso 18 de julio» como exaltación del trabajo, luego extendida y obligatoria.² Pero bastaba con cambiarla de nombre y empezar a llamarla «la *extra de julio* o de verano». Así quedó, y aún colea, junto a la de Navidad.³ Cambiar de nombre a las mismas cosas –sin tocarlas– es un enorme hallazgo y un deporte agradecido, que suele dar resultado.

1. La carta es de 7 de julio de 1942, recogida en la p. 117 del libro de Dionisio Ridruejo, *Materiales para una biografía*, Madrid, Fundación Santander Central Hispano, colección Obra Fundamental, 2005. Selección y prólogo de Jordi Gracia.

2. ABC de 13 de julio de 1944, p. 14.

3. Art. 31 de la Ley 8/1980, de 10 de marzo, del Estatuto de los Trabajadores sobre «gratificaciones extraordinarias».

Pero algunas cosas no podían seguir más. Había que impedirlo. Aun en este caso, la regla implícita fue pisar pocos callos y lastimar pocos egos. Con esta pauta se iniciaron por entonces ciertos procesos, que ahora¹ pasan inadvertidos, pues continuaron en los años subsiguientes. Pienso, por ejemplo, en el acceso femenino a las responsabilidades políticas. Las creencias sociales son hoy fuertes sobre la presencia normal e igual de la mujer en la vida pública. Pero en aquellos tiempos aún no era así.



Rosa Posada, primera mujer portavoz del Gobierno de UCD, y Carmela García Moreno, directora general de la Juventud y Promoción Cultural con UCD.

¿Cuántos tienen conciencia de que en las listas electorales de los grandes partidos en 1977 apenas había mujeres con opción real de salida?² ¿Quiénes barruntan que las diputadas apenas llegaron al 6% en el primer Congreso? ¿Cuántos recuerdan que la primera portavoz

1. Actualización: o sea, «a día de hoy».

2. En Barcelona, ni la lista encabezada por Jordi Pujol ni la de Centristas de Catalunya, contaba con mujer alguna en los diez primeros puestos. El PSC-PSOE sólo con una, Marta Mata, en noveno puesto, y dos el PSUC (María Dolores Calvet, en el séptimo puesto, y Montserrat Roig, en el décimo) si bien el PSUC sacó sólo siete diputados. En Madrid, UCD no tenía fémica alguna en los diez primeros puestos, y el PSOE sólo una, Carmen García Bloise, en el quinto puesto.

femenina del Gobierno fue Rosa Posada (1940-2014) con Suárez, o Soledad Becerril, la primera mujer ministra desde la Segunda República, responsable de Cultura en el Gobierno de Leopoldo Calvo-Sotelo?

La sustitución de tinglados con UCD fue continua, pero muy mediada por razones internas y porque a nuestra derecha estaba acantonada con trabuco levantado y catapulta lista la AP de Manuel Fraga, dispuesta a exigir peaje por cualquier desmesura.

Salientes y entrantes

De momento, nosotros nos mantuvimos firmes en la idea de cambiar «de» régimen, no de cambiar el Régimen ni «perfeccionarlo». Procuramos arar la tierra, limpiarla de malas hierbas y prepararla para la democracia. Este era un objetivo ambicioso, que creaba un nuevo «campo», como señalara Pierre Bourdieu, sociólogo francés ya en alza. En ese campo renovado ciertos protagonistas o jugadores serían «salientes» y otros «entrantes». O como dicen los economistas, habría unos ganadores y unos perdedores. Se produjo así en esos años un ejemplo que el sociólogo y economista Wilfredo Pareto denominaba la «circulación de las élites»: unos se iban y otros entraban.

Saliente fue, casi en su conjunto, la generación de la guerra, nacida a finales del siglo XIX o a principios del XX, que quedó amortizada. Fueron declinando las cohortes bélicas, los militares profesionales franquistas, los carlistas y falangistas, los alféreces provisionales de estrellita amarilla de seis puntas con fondo negro o los antiguos estampillados, mientras se encogían las hermandades de excombatientes y su aguerrida Confederación, que nos galleó aún bastante y nos plantó cara desde posiciones varias, como *El Alcázar*, diario adquirido por ellos en 1975 y que, como el de Toledo, no se rendía.

Entrantes fueron –fuimos– la generación de 1978, o sea, de la Transición, antes llamada de 1956, decidida a ocupar las vacantes producidas. También en menor grado lo fueron ciertos exiliados ya retornados. Algunos conservarían aún protagonismo político, como Santiago Carrillo, Pasionaria o Rafael Alberti, la famosa mesa de edad del Congreso, tras las elecciones democráticas, en foto tan difundida como símbolo y síntoma.

Por entonces volvieron a la vida civil viejos republicanos, con quienes tuvimos trato cordial, como el ilustre medievalista don Claudio



El historiador don Claudio Sánchez Albornoz, expresidente en el exilio de la Segunda República.

Sánchez Albornoz (1893-1984), presidente de la República española en el exilio; el «autotitulado» presidente, que decía el Régimen, pero para mí el fundador del *Anuario de Historia del Derecho Español*, que yo leía con afán en el Instituto de Estudios Jurídicos cuando era estudiante. Don Claudio se nos mostró como sabio profesor, caballero cristiano y patriota, de los que pocos quedaban. Sus restos descansaron en el claustro de la catedral de Ávila.

También cobró mayor fama y autoridad en España Juan Marichal (1922-2010), que presentó bajo nueva luz a republicanos como Azaña o Negrín. Todo esto se producía con naturalidad en una España ya distinta. Yo mismo recuerdo mis conversaciones, almuerzos o colaboraciones con muchos de ellos: sin duda, con mi compañero del cuerpo de letrados del Consejo de Estado José Prat (1905-1994), un encanto de persona y pozo de experiencia y delicadeza; o con el cautivador Justino de Azcárate (1903-1989), apuesto senador real en las Cortes de 1977, fértil en iniciativas e ideas constructivas, o con Niceto Alcalá-Zamora, amigo y compañero de oposición de mi tío Adolfo Díaz-Ambrona, a quien en casa llamaban Nicetín, para distinguirlo de su padre, el presidente de la República. En fin, los republicanos no fueron muchos, pero su revalorización se inició.

Frente a esto padecieron una declinación aguda, como salientes o perdedoras, instituciones sólidas en apariencia, pero ya obsoletas.

Entre ellas, por supuesto, el Movimiento Nacional y sus sindicatos verticales de corte corporativista.

En el orden gubernativo había mucha tela que cortar. Por ejemplo, era imprescindible retirar de la circulación a «los grises», la Policía Armada del franquismo, que mudó pronto de nombre y color. Así que se convirtió en Policía Nacional y el gris de su uniforme se trocó en azul. El Ministerio de la Gobernación lució nombre nuevo, que venía de antiguo. Desde 1977 pasó a llamarse del Interior, como antaño. Una vez más, la novedad sería avanzar con audaz brinco hacia atrás. Al final del periodo (1982) renacería la Ertzaintza en el País Vasco.

Tampoco era de recibo la subsistencia de la policía franquista, en especial de su temida Brigada Político-Social. Con ella le tocó desaparecer también al Cuerpo General de Policía para dar paso al Cuerpo Superior de Policía, algo bien diferente, claro. No sé si detrás de estas innovaciones pudiera estar, insidioso, el burlón genio lampedusiano: *«Bisogna che tutto cambi, se vogliamo che tutto rimanga come è»* («Preciso es que todo cambie, si queremos que todo siga tal cual»). Mejor no profundizar. Nuestra intención era sana y lo demás se nos daría por añadidura. Teníamos que dejar tajo suficiente a los siguientes, para que los jóvenes socialistas entrantes con tanto empuje nos tildasen mejor de inmovilistas (y hasta de franquistas) y no se redujese su cambio al «¡OTAN NO! ¡Bases fuera!» con su regocijante pirueta posterior con referéndum incluido.

En cuanto a los salientes y emparentados, fueron despedidos por lo general con cortesía, sin malos modos, nunca a patadas, sino acompañándolos a la puerta, como pidiendo disculpas. Ciertos personajes con oficios más antiguos ya estaban en ello y se habían reciclado sin aspavientos, quizá abochornados de su antigua labor, como los verdugos o los censores de prensa, libros o películas. Los censores fueron un gremio plural, ilustre por sus reconocimientos futuros más que como profesionales del lápiz rojo o de las tijeras. Hubo entre ellos historiadores y ministros renombrados, como Ricardo de la Cierva, a quien se le había premiado con justicia el 18 de julio de 1971 con la Encomienda de la Orden Imperial del Yugo y la Flechas; narradores extraordinarios, como Gonzalo Torrente Ballester y hasta un premio Nobel, Camilo José Cela, prueba de que aún en oficios sórdidos brillan personalidades destacadas. Muchos de ellos eran amigos de los entrantes. Se decía adiós a viejos camaradas o conmlitones con una palmadita y algún fastidio. La despedida a los antiguos franquistas –que, al parecer, eran

ya muchos menos— añadió cierto fulgor —no siempre reconocido— a nuestra operación de siembra.

Sinfonía de los adioses. Saludo a los entrantes

A los antiguos mandos del Movimiento el adiós les sonó primero a música celestial, quizá de Haydn. No se preocuparon, porque todo estaba bien atado y, a lo más, resultaría una sinfonía de juguetes; luego les pareció que bastaba cambiar la hora, mientras imaginaban la del reloj. Pero resultó ser la de los adioses. Y el *presto* sucedió al *adagio* mientras se esfumaban los músicos, uno tras otro, y se apagaban las velitas y candelas: oboes, fagots, flautas y trompetas se fueron con viento fresco; y después toda la cuerda, con los de su cuerda, pero no en cuerda de presos, hasta que la música dejó de sonar y el Movimiento se paró. Adiós, adiós, que esto se acabó. Aplausos.

¡Adiós, alegre muchachada del Frente de Juventudes! ¡Con Dios, Sección Femenina de FET y de las JONS, vuestros bellos coros y admirables danzas multicolores, vuestro servicio social, castos pololos e irrepitible Pilar Primo de Rivera! ¡Hasta siempre, camisas azules! ¡Buen viaje, yugos y flechas, incluso el escudo abrumador en la fachada madrileña de Alcalá 44, caído en noche triste de Viernes Santo, víspera del Sábado de Gloria para los comunistas! ¡R.I.P. nacionalsindicalismo de nuestras entretelas, ya no te volveré a ver! ¡Hasta la vista, sindicatos verticales infectados de «rojos» y emboscados de Comisiones Obreras, virtuosos del «entrismo»! Fue un terremoto flojo en la escala de Richter, pero el gran tinglado se desplomó.

Sindicatos y patronales ante la crisis de 1979

Había que adaptarse a los nuevos tiempos. En esto destacó Rodolfo Martín Villa como solía. Pensó de primeras dadas en reformar los sindicatos, pero con unidad sindical, siendo él ministro de Relaciones Sindicales.¹ Su idea no cuajó y al final se abrió paso la actual pluralidad con dos grandes sindicatos nacionales, Comisiones Obreras

1. Vid. Ministerio de Trabajo, Instituto de Relaciones Laborales y de Seguridad Social, *La reforma sindical en España durante el primer Gobierno del Rey (noviembre 1975-junio 1976)*, Madrid, Informe de Documentación Social Española, 1.

(CC. OO.) y Unión General de Trabajadores (UGT) junto con alguno menor, como Unión Sindical Obrera (USO) y otros de la órbita regional o nacionalista. También por entonces se establecieron o consolidaron dos liderazgos sindicales de largo alcance: Marcelino Camacho reelegido en 1978 líder de CC. OO. y Nicolás Redondo Urbieta, secretario general de UGT.

Carretera y manta se dio al aparato de las antiguas centrales nacional-sindicalistas, con posada y fonda provisional en la Administración Institucional de Servicios Socio-Profesionales (AISS),¹ que preservó derechos e intereses de servidores, fieles o infieles, del antiguo sistema. En esta línea surgieron las cámaras agrarias con extinción de las hermandades sindicales del campo e inclusión de sus funcionarios en un organismo autónomo de Agricultura. De este modo la sindicación obligatoria se volatilizó antes de las primeras elecciones democráticas.²

Del lado empresarial, el proceso fue paralelo. El 29 de junio de 1977 se firmó el acta constitutiva de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales (CEOE).³ Así que, al aprobarse la Constitución, estaría ya botada la poderosa patronal, instrumento del gran empresario, su marco de diálogo, discusión y negociación. Por esos mismos tiempos surgen otras de ámbito territorial más reducido, como la Confederación Empresarial de Madrid (CEIM), que presidirá José Antonio Segurado, o la Federación Empresarial de Madrid, con Agustín Rodríguez Sahagún, dos firmes vocaciones políticas, porque entonces la política lo envolvía todo.

1. Real Decreto-ley 19/1976, 8 de octubre.

2. Real Decreto-ley 31/1977, 2 de junio (BOE, 8 de junio).

3. Firmaron asociaciones empresariales nacionales, como la de Banca Privada y otras de gran raigambre, como las vascas y la catalana de Fomento del Trabajo. Nombres clave figuraron en la CEOE, como José María Cuevas, antiguo miembro del Sindicato Español Universitario (SEU) o Rafael Termes, de la Asociación Española de Banca (AEB), que tanto influyó en UCD, o Luis Olarra, senador real, más adelante de AP, o Luis Alberto Salazar-Simpson, de la Asociación de Estaciones de Servicio, director general de la Seguridad del Estado con Adolfo Suárez; también Ángel Martínez Fuertes, de la Confederación Española de Centros de Enseñanza (CECE), clérigo agustino, o Agustín Rodríguez Sahagún, futuro ministro de Industria y presidente de UCD un tiempo. Y muy destacado, Carlos Ferrer Salat, presidente de Fomento del Trabajo Nacional, el empresario que quiso ser presidente del Gobierno.

Con esto se dio boleta de despido al «verticalismo», a sus pompas y sus obras, entre ellas la entrañable de Educación y Descanso, reliquia querida de un mundo con raíces en el Fuero del Trabajo de 1938, ya inoperante y que se logró desarmar... sin que se armara.

Parecía todo en orden para que la economía funcionase bien con las nuevas instituciones, pero apenas alejados de la crisis petrolera de 1973, nos impactó de lleno la de 1979. ¡Qué mal farío! Irak e Irán se enredaron en una guerra a muerte, que parecía interminable. El crudo volvió a subir de modo brusco y, entre 1979 y 1981, se multiplicó en promedio por 2,7. Fue catastrófico para nosotros. La factura del petróleo se disparó a alturas inasumibles. Se discutió la medicina hasta la extenuación. La polémica entre keynesianos y antikeynesianos revivió. ¿Había que cebar la bomba o recurrir al ajuste duro, gastar menos y apretarse el cinturón? No se sabía. El crecimiento se detuvo en 1979. Aumentó el paro. Hasta el turismo se resintió. Sí, ¡qué mal!

Cambios en el Ejército y la Iglesia

También resultó muy complejo aflojar las seculares vinculaciones entre lo político y lo militar. El franquismo no había sido en esto ni una excepción ni una casualidad, sino la exacerbación del predominio castrense en la política padecido desde el siglo XIX, con su castizo «ahora me pronuncio» o «ahora me sublevo», ahora doy «el grito» y ahora punto en boca. Pero la transición militar¹ comenzó en el quinquenio de UCD con el general Manuel Gutiérrez Mellado y con los ministros Agustín Rodríguez Sahagún y Alberto Oliart. Ciertamente que no fue fácil. Hubo intentonas y voces contrarias, amén del mayor tropiezo, pero en parte vacuna, del 23-F de 1981. Adaptar a los militares a una sociedad civil fue una operación delicada, que pasó por refundir los tres ministerios militares en uno solo de Defensa,² reorganizar las capitanías generales, dar golletazo al desfile de la Victoria y subsumirlo en el Día de las Fuerzas Armadas, con nuevas ordenanzas militares por Ley 85/1978 y consensuar la Ley de Defensa Nacional de 1980.

1. Narcís Serra, *La Transición militar*, Barcelona, Debate, 2008. También el libro del general José María Sáenz de Tejada y Fernández de Bobadilla, *Memoria oculta del Ejército*, Madrid, Espasa-Calpe, 2004.

2. Los tres departamentos militares en el Ministerio de Defensa (Reales Decretos-leyes 7 a 11/1977 y Real Decreto 1558/1977).

Al final, la supremacía militar quedó atenuada. Decayeron sus privilegios, su jurisdicción, sus economatos. Se inició un proceso lento relacionado con el nacimiento de grandes zonas o espacios militares en Europa y en todo el mundo, así como con la evolución de la tecnología militar y el armamento. Todo entró en un vasto proceso de evolución y cambio, que arrancó por estos años y se robusteció con nuestra entrada en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), apalancada luego con referéndum, cortesía de Felipe González¹ e ironía de la historia. De todo eso hubo pasos iniciales con UCD.

El cambio del mundo religioso también fue apreciable. Desapareció el Concordato de 1953. Entraron en su sustitución acuerdos concordatarios por materias, se consagró la libertad y el pluralismo religiosos, mientras avanzaba el proceso de secularización, con trasvase de la fe a otras creencias seculares, que venían de lejos y continuarían más aún en el futuro. La fe en la Providencia se trasvasó en parte al Progreso, su secularización, como nos enseñó Luis Díez del Corral. Ya fuera de la época de UCD, se descubriría que dependemos más de los «protocolos» y los «algoritmos». La moral confesional cedió ante la ética de la convicción, de la conciencia o a la ética «comunicativa» de los discípulos de José Luis López Aranguren.

Los altos dignatarios eclesiásticos salieron de las instituciones del Estado (Consejo del Reino, Cortes Españolas, Consejo de Estado). La Iglesia católica española procuró repensarse como independiente del poder público, sin derecho de presentación de los obispos por el jefe del Estado, apoyada en su Conferencia Episcopal. El apóstol Santiago, en la maravillosa catedral y plaza del Obradoiro, siguió siendo patrón de España, pero su celebración compostelana iba a quedar rebajada en solemnidad y pompa. Con todo, los muy antiguos lazos con la Iglesia no se rompieron ni en el plano económico ni en el cultural y educativo, punto este con el que me tocaría bregar a mí, en cierta medida, como alto cargo en esa lejana e improbable época.

1. El referéndum convocado por Felipe González (Real Decreto 14/1986) no fue para entrar, sino para quedarnos en la OTAN. De un total de 17,24 millones de votantes, 9,05 millones votaron sí, 6,87 millones votaron no y hubo 1,12 millones de votos en blanco y 0,17 nulos. Hubo más noes que síes en el País Vasco y Navarra; en Cataluña, salvo Tarragona, y en Las Palmas. ¿Fue un éxito de Felipe? Para colmo, Fraga pidió la abstención.